ORACION FUNEBRE

QUE

EN LAS SOLEMNES HONRAS

QUE SE CELEBRAN TODOS LOS AÑOS

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE MEXICO

A LA GLORIOSA MEMORIA

DE LOS DIFUNTOS MILITARES

QUE HAN SEGUIDO

LAS TRIUNFANTES BANDERAS ESPAÑOLAS,

Dixo el dia 24 de Noviembre de 1791

EL SR. DR. DON JUAN DE SARRIA Y ALDERETE, *Colegial que fué del mayor de Osuna, entónces Racionero y ahora Canónigo de dicha Metropolitana Iglesia.*

DALA A LUZ
EL CAPITAN DON JOSEF DE PORRAS,
Caballero de la Orden Militar de Calatrava, y Ayudante Mayor del Regimiento de Dragones de México.

MEXICO.
REIMPRESA EN CASA DE ARIZPE.
AÑO DE M. DCCC. IX.

PARECER DEL SR. LIC. Y MTRÔ. D. JUAN ANTONIO BRUNO, Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia Metropolitana.

SEÑOR PROVISOR.

HE leido atenta y gustosamente la Oracion fúnebre pronunciada por el Señor Dr. D. Juan de Sarria y Alderete, Prebendado de esta Santa Metropolitana Iglesia, en el dia que en esta se celebró el sufragio de Honras por las Almas de los Militares Españoles en el año próxîmo pasado; la que me parece digna de la imprenta, así por la bella y cabal idea que promueve y demuestra nerviosa y copiosamente del valor fuerte, constante y glorioso de las Tropas de nuestra Nacion, como porque al leerla reflexîvamente los Cristianos Españoles, no pueden menos de considerar quan justo y debido es que, pues al esfuerzo generoso de sus espíritus confió y auxîlió la mano poderosa del Altisimo la apreciable empresa de restablecer, defender y dilatar el Imperio Español, y no pequeña parte en la propagacion del Evangelio; por gratitud y reconocimiento deben interesarse en el alivio y felicidad eterna de sus afligidas Almas. Por lo que, y no contenerse en la indicada Oracion expresion ni proposicion alguna opuesta á nuestra Santa Fé, buenas costumbres y Bulas Pontificias, juzgo puede V. S. acceder á la pretension del Suplicante. México, y Enero 26 de 1792.

Lic. y Mtrô. Juan Antonio Bruno.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

México y Enero 20 de 1792.

POR *la presente, y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que se pueda imprimir la Oracion fúnebre que se expresa, atento á que reconocida de nuestro órden, no contiene cosa contra la Santa Fé, buenas costumbres, ni Regalias de S. M. (Dios le guarde) con la precisa calidad y condicion de que no se dé al Público, sin que primero por el Aprobante se coteje, y por el Oficio se tome razon. Lo decretó el Señor Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c. y lo firmó.*

M. F.

Lic. Cienfuegos.

Ante mi.

Ventura Lopez,
Not. mayor.

PARECER DEL SR. DR. Y MTRÔ. D. JOSEF SERRUTO Y NAVA, Chantre Dignidad de esta Santa Metropolitana Iglesia.

EXMÔ. SEÑOR.

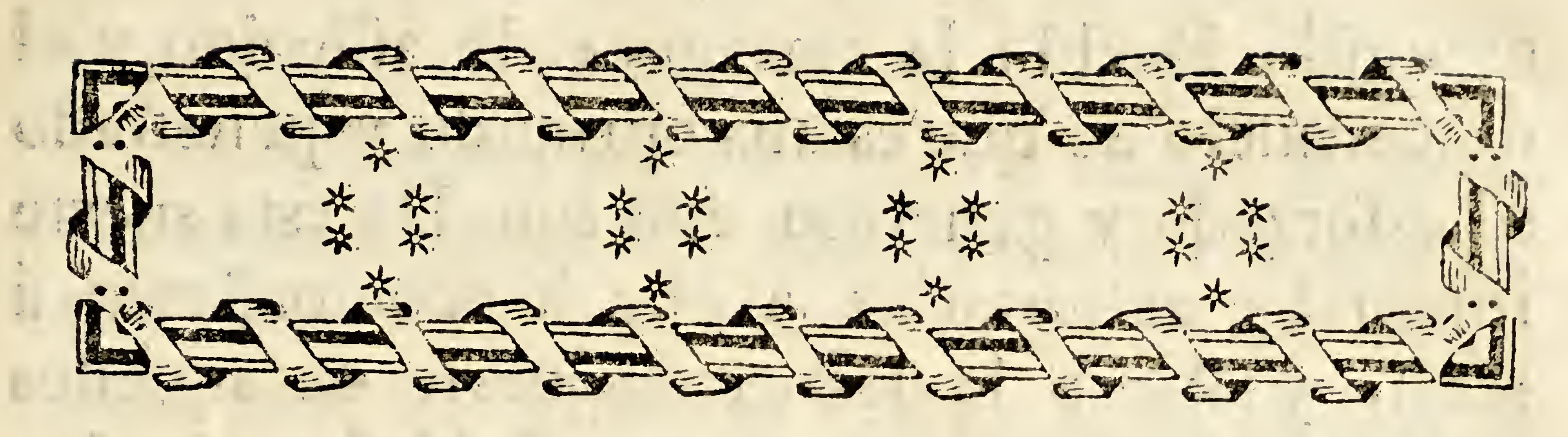
DESDE luego que esta Pieza, digna del Señor Sarria, salió de sus làbios al amplísimo respetable teatro de esta Santa Iglesia, fuè aceptada generalmente con aprobacion y aplauso: y asì creo serán recibidos del Pùblico sus exemplares impresos, si V. Exâ. se digna conceder su licencia para la estampa, como que nada hay en ella opuesto à las Regalias de S. M. y Leyes sobre impresion, segun mi dictamen.

Mèxico Enero 14 de 1792.

Josef Serruto.

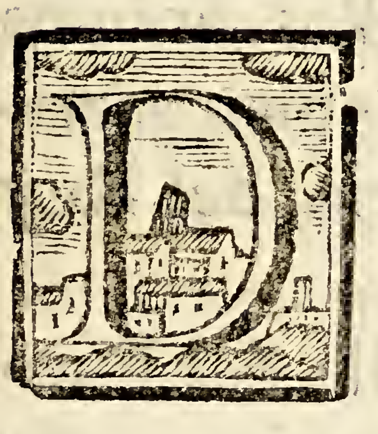
LICENCIA DEL SUPERIOR GOBIERNO

EL Exmô. Señor Don Juan Vicente de Guemez Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, Conde de Revilla Gigedo, Baron y Señor territorial de las Villas y Baronías de Benillova y Rivarroja, Caballero Comendador de Peña de Martos en la Orden de Calatrava, Gentil Hombre de Cámara de S. M. con exercicio, Teniente general de sus Reales Exércitos, Virey, Gobernador y Capitan general de Nueva España, Presidente de su Real Audiencia, Superintendente general Subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogues, y Ramo del Tabaco, Juez Conservador de éste, Presidente de su Real Junta, y Subdelegado general de Correos en el mismo Reyno, visto el Parecer que precede del Sr. Dr. y Mtrô. D. Josef Serruto, concedió su licencia para la impresion de este Sermon por Decreto de 16 de Enero de 1792.



CONSIDERA ISRAEL PRO HIS, QUI mortui sunt super excelsa tua vulnerati.

Atiende, Israel, y pàra tu consideracion en aquellos gloriosos y esclarecidos Militares que en defensa tuya han muerto en la campaña. *Asi el libro 2 de los Reyes en el cap. 1, al vers. 18.*



E esta suerte, Señores, de esta suerte hablaba David à la nacion Israelítica en ocasion que acababa de recibir la funesta noticia de la derrota de los Exércitos de Saul. De esta suerte anunciaba á los Hebreos la desgracia grande que habian padecido aquellas gloriosas Tropas que eran la custodia, el amparo y la defensa de Israel. Pero tambien de esta suerte queria grabar en los espíritus de todos los de aquel

escogido Pueblo la amargura, la afliccion y el desconsuelo de que estaba oprimido y penetrado su esforzado y generoso corazon. De esta suerte intentaba exhortarlos à que lo acompañasen á sentir y llorar la desastrada suerte de aquellos ínclitos, ilustres y generosos Soldados que habian muerto à manos de los Filisteos sobre las cimas y cumbres de los azarosos montes de Gelboe. En fin de esta suerte pretendia hacerles ver, que ni la púrpura con que iban á cubrir sus hombros, ni la diadema que pretendian colocar sobre su cabeza, ni el cetro que intentaban poner en sus manos, ni la proclamacion que le preparaban, le eran tan apreciables, como que manifestasen públicamente el dolor, la pena y el sentimiento de que eran dignos aquellos ánimos fuertes, constantes y valerosos que habian sacrificado sus vidas en defensa de la Pátria, del Rey y de la Religion.

En efecto: aquel famoso Caudillo del Pueblo de Dios, que contaba tantas victorias como empresas se habian fiado á su conducta: que habia ensayado su corazon en el arte de la Guerra venciendo los Osos, oprimiendo á los Leones, y humillando á los Gigantes: que fue primero conocido por su valor en los Reales de Saul, que

por lo ilustre y esclarecido de su Ascendencia; y que quitando el oprobrio de Israel con la muerte del mas soberbio, intrépido y osado de los incircuncisos, logró ser vestido con las Reales armas de su Príncipe Jonatàs, consiguió ser numerado entre los primeros Cabòs de la Milicia de Saul, y mereció ser aclamado públicamente por las hijas de Sion, aun con preferencia à la misma Testa coronada de Judà. Aquel valeroso capitan que, sin embargo de estar en desgracia de su Rey, multiplicó de tal suerte sus hazañas, y dió tales pruebas de su valor, que consiguió ser el terror de los Filisteos, la delicia de Judà, y la gloria de Israel. Aquel Gefe tan generoso, que no obstante de verse perseguido de las iras de Saul, y precisado à andar errante y fugitivo por las soledades y desiertos de Ziph, de Hachila y de Maon, no contento con perdonar mas de una vez la vida al Ungido del Señor, salió de entre las cavernas y roturas de aquellas àsperas y escarpadas montañas para defender á la Judea, la Fortaleza de Zeylàn, agregar á esta Corona la Ciudad de Siseleg, y correrle las campañas enemigas de los Gersos, Gezuros y Amalecitas.

Aquel Príncipe, digo, que habia visto vertirse sobre su cabeza el oleo destinado para la

consagracion Real: que sabía ya muy de antemano estar escogido de Dios para ocupar el Trono de Judà y que veía ahora con la muerte de Saul el feliz y oportuno momento de llegar à su cumplimiento esta soberana promesa; no quiere embarazarse en presidiar Plazas que estén prontas para su defensa, en guarnecer Castillos que tremolen banderas à su favor, en apostar Tropas que velen sobre su seguridad, en destacar Emisarios que reunan los Pueblos à su Partido, ni en perorar delante de los Príncipes y Poderosos de Israel para persuadirlos y empeñarlos en su Coronacion; todo su cuidado quiere que se lo merezcan unos Militares que, revestidos de fortaleza, supieron despreciar hasta los horrores de la misma muerte, para dexar à la posteridad un glorioso monumento de su valor. Así cree, que el haber roto y despedazado sus vestidos en demostracion de público sentimiento era poco: que el haber regado la tierra con sus làgrimas no bastaba: que el haber herido el ayre con lamentos y suspiros no era bastante: ni que el hàberse impuesto à sí y los que le acompañaban un rigoroso ayuno era suficiente; su cuidado se extiende à mas, pretende mas, emprende mas, y quiere interesar à todo el pueblo en un público y solemne senti-

miento con estas cortas, pero enérgicas expresiones: Atiende, Israel, y pàra tu consideracion sobre aquellos gloriosos y esclarecidos Militares que en defensa tuya han muerto en la campaña. Como si dixera: Llora, Israel, y ruega à Dios, para que sea ùtil y aceptable tu sentimiento, por aquellos Héroes de la guerra, que eran el cuchillo de tus enemigos, la espada de tu defensa, el escudo de tu fortaleza, y el muro de tu seguridad: *Considera Israel pro his, qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati.*

Tal fue la conducta de David, y tal, entiendo yo, debe ser la mia, quando à vista de todo el Pueblo Cristiano estoy encargado de formar el elogio fúnebre de unas Tropas ni menos ilustres, ni menos fuertes, ni menos valerosas, ni menos heroicas, ni menos subordinadas à Dios, que las lloraba, sentia y elogiaba aquel grande y esclarecido Profeta. A la verdad, si yo hubiese venido à hablar de aquellos Soldados de quienes dice Lucano: *Nulla fides, pietasque viris,* (1) *qui castra sequuntur*, léjos de tomar en mi boca el testamento eterno, ó de usurpar por mis labios las sagradas palabras de la Escritura para

(1) Luc. lib. 9.

su elogio, me veria precisado à ir à buscar en un Poema épico, ó en una Iliada Odisea materia proporcionada á ponderar aquellas acciones que, aunque el mundo les apropie el esclarecido nombre de heroicas, estan muy distantes de parecer decentes ante el Trono de la Magestad. Si yo tuviese, digo, que hablar de unos militares que, como los de los Sibaritas, estuviesen entregados (2) al exceso de los placeres, en lugar de las venerables palabras de David, tendria que poner á la frente de mi discurso aquellas otras escandalosas que colocaron á Sardanapalo por epitafio en su sepulcro: *Haec habeo, quaecumque edi,* (3) *quaecumque exaurata libido hausit; ac illa jacent multa, & praeclara relicta;* y entonces profanaria con un sacrílego atentado la magestad del sitio y la pureza del Santuario.

Pero gracias á Dios que yo, á el hablar de las tropas Españolas, me veo libre de estos escollos. Si Señores: yo vengo á hablar de unas Tropas, que han conocido siempre por Autor de su valor, de su constancia y de su fortaleza á aquel Señor que se gloría de llamarse é intitularse el Dios de los Exércitos: unas Tropas que

(2) Solórzan. Emblem. 35. (3) Plutarc. orat. 1 de Alex. fort.

ıan procurado ensayarse primero en el venci-
niento de sí mismos, para saber mas bien conse-
guir el de los enemigos: unas tropas, que en-
nedio de sus mas grandes y lisonjeras elevacio-
ıes, no han perdido un punto de vista el pre-
entar su corazon humillado delante del Dios de
a Magestad: unas Tropas que parece se han
mpeñado en conseguir triunfos, en ganar ban-
eras, y en aglomerar trofeos, para tener mas
ue presentar en nuestros Templos, y que ofre-
er á los Propiciatorios del Dios de Sion: unas
ropas en fin de quienes me atrevo á decir con
avid (sin embargo de estar delante de aquel
abernáculo donde no parecen bien los profa-
os ornamentos de Egipto, ni deben humear
ros inciensos que los de los aromas de Sabá):
onsidera, Pueblo Cristiano, la fortaleza con
ıe tus militares te han defendido, y te verás
recisado á llorar sus muertes y á rogar por sus
mas en señal de gratitud y de reconocimiento:
*nsidera Israel pro his, qui mortui sunt super
celsa tua vulnerati.* Tal es el elogio fúnebre
e voy á pronunciar delante de los altares, pa-
honrar la gloriosa memoria de aquellos exce-
ıtes Militares que siguieron los triunfantes Cas-
os, y vencedores Leones, y para excitar en

vosotros un noble y eficaz deseo de rogar á Dios por unas almas tan ínclitas y valerosas. No dexeis de prestarme vuestra atencion.

LA virtud de la fortaleza (Exmô. é Illmô. Señor) la virtud de la fortaleza, nò es otra cosa que un hábito sobrenatural, una participacion del poder del brazo Omnipotente, y un impulso interior del Espíritu Santo, que impele à los hombres à heroicas acciones, à grandes hazañas y à nobles y sublimes empresas. Ella no solamente les inspira proyectos elevados, generosos sentimientos y triunfos esclarecidos, sino que insensiblemente los conduce à ellos, y no los desampara hasta coronarlos con el laurel del vencimiento, y poner en sus manos la hermosa palma de la victoria. Ella no solo es un escudo que los fortifica, ó un muro que los protege, sino tambien un astro resplandeciente que, al mismo tiempo que los guia para meterlos entre los peligros y los riesgos, los ilumina para sacarlos de ellos honrados y triunfantes. Ella con una mano los conduce à un terreno sembrado de abrojos y de espinas, y con otra les presenta rosas y laure-

es con que puedan ceñir sus sienes vencedoras.
En efecto: esta virtud guerrera no dà entrada en
u casa à los corazones tímidos, à los ànimos
pocados, ni à los espíritus cobardes; pues sola-
nente franquea sus puertas à aquellas Almas
grandes, sublimes é invencibles, que pueden sin
ubor presentarse en su presencia, y hacer dig-
ıamente compañía à los Héroes que ocupan sus
strados. Sí, Señores: ella destierra la flaqueza,
lesecha la pusilanimidad, repudia el apocamien-
o, y mira con horror la pertinacia: en fin ella,
l mismo tiempo que cierra à los Guerreros
quellos tenebrosos caminos de la cobardia y de
ı temeridad para que no se despeñen, deshon-
en y obscurezcan, les abre las dos claras sendas
el acometimiento y de la resistencia para que
ilustren, florezcan y engrandezcan. Estos dos
tos son los exes sobre que gira para exercitar-
esta virtud, y los que han desempeñado per-
ctamente nuestras Tropas.

PRIMERA PARTE.

QUE espectàculo tan admirable de fortale-
za acometedora no se presenta à nuestra
vista cada vez que repasamos los fastos

de nuestra historia! ¡Quantas victorias, quantas conquistas, quantas coronas no ha conseguido ésta fortaleza intrépida y ardiente de nuestros militares! Ciertamente que, quando veo que para adquirirlas es menester considerarlos superiores à los Hércules y à los Aquiles, à los Ciros, à los Héctores y à los Aníbales: quando veo que para llenar sus manos de palmas y coronar sus cabezas de laureles, tuvieron que cortarlos de un terreno que defendian unos enemigos mas formidables que los Medos, Asirios, Griegos, Partos, Persas y Romanos: quando los considero mantenerse firmes à la vista de unos Exércitos mas numerosos que los de Xerxes, arrojarse á los acometimientos mas difíciles, exponer sus personas á los peligros mas inminentes, y arrancar de entre la superioridad de fuerzas la frondosa palma de la victoria: quando los contemplo sacudir de su cuello el yugo mas pesado, y trasladarlo sobre el de sus tiranos usurpadores: quando los descubro acometiendo, rindiendo y triunfando en las quatro partes del Orbe de los Exércitos de sus Reyes: quando los miro asaltando Plazas, sujetando Ciudades, dominando provincias, conquistando Reynos, y subyugando todo un nuevo Mundo para extender los términos al Reyno de

Jesucristo, y dilatar el círculo de la corona que ciñe la augusta frente de sus Soberanos: quando los miro, digo, siendo el asombro, el terror y la admiracion de todas las Naciones, no puedo ménos que volver los ojos y rendir mis respetos á aquella Fortaleza que desciende del Trono del Excelso, y que comunica á los hombres el Dios de los Exércitos para que puedan executar, completar y perfeccionar sus batallas segun las determinaciones de su soberano beneplàcito. Pero tampoco puedo dexar de parar la consideracion sobre las perniciosas máxîmas de ésta falsa y burladora Filosofía de nuestros tiempos. Sí Señores: aquellos espíritus que se creen ilustrados en medio de las tinieblas de nuestro siglo, y que nos estan dando ahora (4) bastantes pruebas de hasta donde puede llegar el funesto desbarro de una vana, fanàtica, atrevida y jactanciosa ilustracion: aquellos espíritus, à quienes no se les puede conceder el pomposo título de fuertes que se abrogan, sino porque tienen resistencia para executar todas las flaquezas de la naturaleza y los desòrdenes de la carne, y porque tienen audacia

(4) Se dice por los desórdenes que está actualmente causando esta falsa filosofia en los Dominios de la Francia.

de resistir á las sublimes y sagradas Potestades de uno y otro Estado: aquellos espíritus, digo, han querido persuadir, que las acciones heroicas de la guerra estan reñidas con la humildad y mansedumbre del Evangelio, y solo encuentran lugar entre las gentes que estan distantes del Catolicismo. Pero ah! Este es un error opuesto enteramente à lo que nos persuade la razon y tiene acreditado la experiencia. ¿Quien podrà acometer con mas intrepidez al enemigo, y llevar el terror hasta los contrarios Esquadrones, que el que armado su pecho con la fortaleza cristiana, no siente los remordimientos y sobresaltos de una conciencia delinqüente? ¿Quien podrà tener mas valor en medio de los horrores de la guerra, que aquel que creyendo los dotes y privilegios de una alma inmortal, conoce el feliz término de su carrera? ¿Quien podrà mantener mas serenidad y confianza entre el estruendo de la artillería y confusion de las balas, que aquel que, instruido á fondo en las màxîmas de la Religion Católica, sabe que hay un Dios que decide la suerte de las batallas, y que quando la declare en contra suya, lo está esperando para premiarle la fidelidad guardada á su Rey, y remunerarle la defensa hecha por su Religion in-

maculada? A la verdad esta confianza le hizo á Judas Macabeo no temer la superioridad de fuerzas que se le presentaba, y acometer (5) con un Esquadron pequeño los numerosos Exércitos de Antioco. Esta confianza animó de tal suerte á Constantino, que le hizo salir triunfante (6) con fuerzas desiguales de las formidables Tropas de Maxencio. Esta confianza con que el gran Teodosio se puso á la frente de sus ya rotos y amedrentados Batallones clamando á voces: ¿*Adonde está el Dios* (7) *de Teodosio*? hizo que rehaciéndolos, venciese, derrotase y se apoderase del tirano Eugenio. ¿Pero para qué me canso en buscar exemplares en las Historias extrañas, quando en las nuestras encontramos tantos Teodosios como Reyes, tantos Constantinos como Generales, y tantos Judas como Caudillos? En efecto: ¿con qué consiguiò Alfonso Primero poner terror con solo un Esquadron Volante de reducidas Tropas à todos los Exércitos Agarenos? ¿Con qué se coronó de trofeos Alfonso Segundo, contando en Ledos setenta mil Sarracenos por despojo glorioso de su diestra? ¿Con qué adquirió la gloria

(5) Machab. lib. 1 cap. 3. (6) Euseb. lib. 1. de vita Constant. (7) Flech. Hist. de Theod. lib. 4.

Alfonso Tercero de numerar veinte y nueve batallas campales ganadas por su espada? ¿Con qué triunfaron Alfonso Octavo en las Navas, Alfonso Onceno en el Salado, Ramiro Primero en Clavijo y Ramiro Segundo en Simancas? No con otra cosa que con aquella confianza con que sus Tropas entraban en las empresas: con aquella esperanza que tenian sus Soldados en el favor divino, y con aquella fortaleza intrépida y acometedora, que ha sido siempre el caràcter de los Exèrcitos Españoles. Si Fernando Primero en Cea, Viseo, Lamego y Coimbra pasó por los filos de su espada aquella innumerable porcion de enemigos que quisieron hacer resistencia á sus gloriosos estandartes: si Fernando Tercero aterró con su nombre las Esquadras Moriscas del Andalucía, y tremoló sus triunfantes banderas sobre los muros de Córdova y Sevilla, Cortes las mas famosas de sus Reyes: si los Sanchos, si los Ordoños, si los Fruelas, si los otros Alfonsos, Ramiros y Fernandos ganaron victorias, adquirieron triunfos, consiguieron trofeos, y pusieron terror á los Infieles, la Fortaleza cristiana fue la que dió aquel ánimo guerrero à nuestros Reyes, la que hizo fuertes y valerosas á nuestras Tropas, la que dexó en sus manos el honor de las batallas, la que

puso à su frente aquellos famosos Capitanes que supieron juntar la intrepidéz con la mas consumada prudencia, y la que llenó de heroismo à aquellas Almas inmortales que nos aseguraron la fama, el honor y la gloria entre todas las gentes de la tierra. Ah! Retírense y huyan de aquí los aplaudidos Héroes del Gentilismo, cuyas hazañas mas famosas fueron conseguidas por el fràgil principio de un descuido ó de un acaso. Alexandro es celebrado por haber sido Conquistador de los Persas; pero si Dario lo hubiese esperado en las espaciosas llanuras de Mesopotamia, dexándolo salir de las angosturas de Ison, éste Héroe contaría menos el Paganismo. Si Xerxes hubiera disciplinado sus Tropas antes de acometer á la Grecia, no fuera tan aplaudido el nombre de (8) Temístocles por su derrota; y si los Numantinos no hubiesen perdonado tres veces la vida á los Exércitos Romanos, tal vez los Pompeyos, los Brutos y los (9) Scipiones no es-

(8) Euridiades Rey de los Lacedemonios empuñó el baston de General en la batalla naval de Salamina; pero la derrota que padeció Xerxes se debió á la astucia y sagacidad de Temístocles, y por eso dice de éste Cornelio Nepote: *Unius viri prudentia Grecia liberata est.* Cap. 5.

(9) Aunque Scipion no fué del número de los Generales Romanos vencidos por Numancia, se pone entre ellos en la Ora-

tarían numerados en el catálogo de sus Héroes.

Pero gracias á Dios que los nuestros no se formaron ni engrandecieron con las contingencias de la suerte, sino al soberano y superior impulso de una Fortaleza toda cristiana. Esta fué la que los dirigió en las expediciones mas dificiles, la que los acompañò en los acometimientos mas fuertes, la que los asistió en las empresas mas arduas, la que los metió en las acciones mas arriesgadas, y la que los sacó de ellas coronados de laureles. Sí, Señores: ésta Fortaleza acometedora fué la que formó los Josueses, los Gedeones, los Sansones y los Barachos, Gefes de nuestros Exércitos. Esta Fortaleza fué la que forjó en nuestro suelo aquellos Rayos vivos de la guerra los Fernan Gonzalez, los Ruiz Diaz, los Girones, los Ponces, los Guzmanes, los Pimenteles y los Vargas, cuyos nombres inmortales serán siempre el terror de los enemigos y la gloria de nuestros fastos. Esta Fortaleza fuè la que dió el temple á aquellas espadas invencibles de los Gonzalos de Cordova, de los Alvarez de Toledo, de los Velascos, de los Aguilares y de los Faxardos,

---

cion para denotar, que debilitadas las fuerzas de Roma con la muerte de sus Legiones, no la hubiera rendido éste, ni hecho su nombre famoso por ésta Conquista.

cuyos triunfos, victorias y hechos esclarecidos engrandecerán en todos tiempos à la ilustre Nacion que los produxo. Esta Fortaleza fué la que hizo que aquel Varon glorioso, (10) que mautendrá siempre su nombre grabado en la memoria de la Nacion y de la Iglesia por los grandes triunfos que consiguió, y por los muchos altares que erigió para ofrecer la sangre del Cordero: aquel Hombre eminente, que servirà de modelo á todos los Generales que quieran unir la heroicidad del valor con el zelo de la Fè y el amor á la Religion: aquel Héroe esclarecido, que acumuló en su persona mas virtudes marciales que Soldados comandaba; que no sabré decir si éstas se convocaron para asistirle y no desampararlo un solo instante, ò si él hizo pacto de no apartarse de ellas un momento; ni me atreveré á resolver si mereció que lo mirasen con respeto la ambicion y la avaricia, ó si logró que éstas no tuviesen viveza ni actividad para inquietarlo, aun teniendo en sus manos los Reynos mas opulentos, y estando á su disposicion las mas grandes y lisongeras riquezas.

---

(10) Se detiene el Orador en elogiar particularmente á Hernan Cortés, por ser el Héroe principal en estos paises, y por otras circunstancias que precedieron poco antes que se dixera la Oracion.

Esta Fortaleza, digo, fué la que hizo que aquel grande Hernan Cortés, cuyo nombre no puede llegar à nuestros oidos sin sentirnos llenos de veneracion y de respeto, de gratitud y de reconocimiento, superase la ferocidad de unos mares desconocidos, abatiese el orgullo de unas Naciones remotas, domase la altivéz de unos Pueblos guerreros, rindiese Ciudades, sujetase Provincias, conquistase Reynos, entregase à su Rey toda la extension de un nuevo Mundo, y traxese al conocimiento del verdadero Dios muchas mas almas que conquistaron algunos de los Apòstoles. En efecto: esta Fortaleza fué la que sazonó y maduró aquellos verdes y floridos laureles que cortaron en las aguas de uno y otro mar los Austrias, los Dorias y los Bazanes: ésta Fortaleza fué la que texió aquellas hermosas guirnaldas con que se coronaron nuestras Tropas en los campos de Pavía, en las llanuras de San Quintin, en las campiñas de Gravelingas, en las màrgenes del Pó, en las riberas del Ems y en las orillas del Mosa: ésta Fortaleza fuè la que tremoló aquellas banderas que sorprendieron la Francia, pusieron terror á la Alemania, sujetaron la Flandes, rindieron la Saxonia, corrieron desplegadas toda la Italia, y se fixaron triunfantes en Nàpoles, en

Sicilia, en Cerdeña, en Córcega, en Milan, en Mántua, y hasta en los muros de la invencible Roma: ésta Fortaleza fué la que alcanzó aquellas palmas y aquellos trofeos con que nuestros guerreros alfombraron los pies de los Carlos, de los Felipes y de los Fernandos en el Asia, en la Africa, en la América y en la Europa: Por último: ésta Fortaleza fué la que hizo que aquella Monarquía, que en su principio no tuvo mas Trono que un tosco peñasco de las escarpadas montañas de Covadonga, se viese elevada sobre un solio tan grande y magnífico, que llegó á cubrir con su sombra à las quatro partes de la tierra. Tales son los triunfos, las glorias y los trofeos que nos han adquirido nuestros Militares con ésta Fortaleza acometedora. Pero no son menores los que nos han conseguido con aquella constancia con que han sabido hacer frente á los peligros mas inminentes, resistir en las circunstancias mas estrechas, y quedar superiores en medio de todo el poder y furor de los enemigos.

SEGUNDA PARTE.

ESTA constancia, ó segundo exercicio de la virtud de la fortaleza, no es otra cosa que

un crisol donde se purifica el valor de los Héroes: un martillo con que à fuerza de golpes se labra la resistencia de sus espíritus: un fuego que, à impulso de su actividad, hace relucir y brillar la generosidad de sus ànimos; y una piedra de toque con que se manifiestan y descubren los subidos quilates de la magnanimidad que se oculta en el fondo de sus corazones; porque ella, aunque no les veda las retiradas gloriosas, ni les prohibe los ardides generosos, como mandados executar por otra virtud, que es la Prudencia, sí les dicta y les previene, que jamas les serà lícito volver la espalda al enemigo por temor de la muerte, ni posponer la gloria de su Religion, el honor de su Rey y la reputacion de sus personas à la vida ni à los intereses temporales. Esto era lo que el glorioso Macabeo aconsejaba à sus hijos (11) quando se veían amenazados de todo el poder de los Asirios: esto con lo que exhortaba el magnànimo Judas à sus reducidas Tropas, quando à la vista del poderoso Exército de Bachides le aconsejaban que se retirase: No permita el Señor, les decia, que volvamos la espalda à nuestros enemigos: si acaso ha llegado ya el tér-

(11) Machab. lib. 1. cap. 2.

mino de nuestra gloriosa vida, muramos con valor; pero jamas sea visto que obscurézcamos nuestra fama con un crimen tan grande y tan horrendo: *Absit istam rem facere, ut fugiamus ab eis; et si appropiavit tempus nostrum,* (12) *moriamur in virtute:::::* & *non inferamus crimen gloriae nostrae.* Esto fué lo que eternizó el nombre de Eleazaro, que tuvo á bien morir baxo el Elefante, por elevar la gloria de su Religion (13) y de su Patria hasta el Firmamento: y esto es lo que hemos visto repetido por nuestros Militares en todas las épocas de su gloriosa Historia.

A la verdad, si volvemos los ojos á aquellos tiempos desgraciados en que gemia nuestra España baxo las tiranas y pesadas cadenas del Alcoràn, ¡qué esfuerzos de constancia no verémos executados por quebrantarlas y romperlas! En los setecientos y mas años que duraron aquellos Bàrbaros en nuestro suelo, ¿qué otra cosa vemos que un glorioso encadenamiento de acciones constantes, ilustres, heroicas y generosas? Ah! Las escarpadas peñas del monte Auseva (14)

(12) Lib. 1. Machab. cap. 9. ℣. 10.

(13) Idem cap. 6. ℣. 46.

(14) Auseva es el monte en que está la cueva que hoy se llama Covadonga, y donde empezó la libertad de España. Marian. Hist. de Esp. cap. 2. lib. 7.

estan dando todavia bastantes pruebas de aquella constancia con que el invicto Pelayo, y sus mil, no sé si los llame compañeros ó Vasallos, convertidos en Leones, resistieron, destrozaron y convirtieron en menudas piezas todo el grueso de aquel soberbio Alcama, que à la frente de numerosas huestes Sarracenas iba esparciendo el terror, el espanto y la sorpresa, y empeñado en aniquilar las gloriosas reliquias de la sangre Goda. Los altos muros de Tarifa seràn siempre unos gloriosos monumentos que nos recordarán aquella inimitable constancia con que el esclarecido Guzman, por no entregar la Plaza al Tirano de Marruecos, tuvo valor, no solo de dexar degollar à su hijo, sino de arrojarles la espada para que rindiesen la víctima y consumasen el sacrificio. La elevada Peña de Martos será en todos tiempos un testimonio bien auténtico de aquella constancia Española con que la Gobernadora, (15) viéndose sin guarnicion tomó con sus criadas la defensa de la Plaza, y no desistió de la empresa hasta que consiguió retirar de sus muros à todo

(15) La Muger de D. Alvaro de Castro, Gobernador del Castillo de Martos, viéndose con su Marido ausente, y que Alonso de Meneses habia salido fuera con la Guarnicion, hizo esta ilustre accion. Marian. Hist. de Españ. lib. 13. cap. 1.

el poder del Rey Moro de Arjona y de Granada. Las fuertes murallas::: ¿pero donde voy, si no es posible demarcar todo un Cielo lleno de glorias, ni reducir à un solo punto todo un Orbe colmado de grandezas? Ah! En todos aquellos siglos que durò la Dominacion Sarracena, cada batalla era un cúmulo de hazañas gloriosas, cada toma de Plaza un conjunto de obras esclarecidas, y cada defensa una innumerable porcion de los mas generosos y brillantes rasgos de constancia que pueden ilustrar los hechos de nuestros Militares, y hacer inmortal la fama de sus nombres en todos los siglos.

Pero dexando ya aquella funesta época que el tiempo ha puesto distante de nosotros: no parando tampoco la consideracion en aquella otra dichosa y afortunada, que colmaron de glorias los Fernandos Quintos, los Càrlos Primeros y los Felipes Segundos, cuyos triunfos, victorias y vencimientos conseguidos por la constancia de nuestros Militares los publicaràn y confesaràn aún à su pesar todas las Naciones de la tierra: ¡qué portentos de Fortaleza constante no se admiran en los años que han corrido desde entonces hasta nuestros dias! Ah! Si paramos la vista un poco en aquellos últimos tiempos de la

Dominacion Austriaca, en que parece iba á desplomarse el robusto edificio de nuestra Monarquía al impulso de los muchos y poderosos enemigos que la cercaban, y en que teniamos para sostenerlo, que repartir las pocas gentes que producia nuestra Península entre los muchos y distantes extremos que ciñe el dilatado círculo de nuestra Corona: en aquellos tiempos, digo, ¿quién pudo jamàs romper aquellos pequeños pelotones de Infantería, que con bayoneta calada sostenian á pie firme todo el grueso de los Exércitos enemigos? Ah! Arras, Milan, el Casal, el Condado de Artois, la Navarra, y el Principado de Cataluña serán siempre unos monumentos de gloria que manifestarán la constancia de nuestros Batallones.

Si pasamos, aunque rapidamente, los ojos por los felices Reynados de la Casa de Borbon, ¡qué nuevos y admirables espectáculos de constancia no se aglomeran para sorprender nuestra atencion! No, no me pregunteis absortos: *Quomodo persequatur unus mille*, (16) *aut duo fugent decem millia*? Porque si caminais conmigo hasta los campos de Almanza y llanuras de Villavicio-

---

(16) Deuter. cap. 32. ℣. 30.

sa, allí vereis vosotros mismos, que cada Gefe nuestro era un Josue esforzado, que no se amedrentaba á la vista de las empresas mas dificiles; que cada Capitan era un Jonatas brioso, que conducia à su gente à los peligros mas inminentes; que cada Soldado era un Sanson fortísimo, que esperaba à pie quieto el mayor número de enemigos; y que todos juntos componian aquel formidable muro de constancia que aseguró á su Rey la Corona, é hizo desistir de la empresa de quitàrsela á las Potencias mas pujantes de la Europa. Si no estais todavia satisfechos, entrad en los mares, pasad hasta Cartagena, que allí vereis los gloriosos testimonios de aquella constancia con que los Lesos y los Eslavas, casi sin Tropas y sin Armada, triunfaron de todo el poder de la Inglaterra. Haced alto en Cabo Cicie, que aquellas aguas, sin embargo de su fluidéz, os representaràn grabada mas firmemente que en la consistencia de los màrmoles y los bronces, la constancia de aquel invencible Navarro, que con solos doce navios quedò dueño del mar de batalla contra los quarenta y dos que le presentó el Almirante Mateus. Tocad en el Arenal de Argel, en el Morro de la Havana y en las Costas de Algeciras, que allí encontrareis la memoria in-

mortal de los Caros, de los Velascos, y de tantos otros ilustres Militares, que con su gloriosa muerte dexaron à la posteridad el mas auténtico testimonio de su constancia.

¿Pero para qué me canso, si teneis presente la defensa de la Plaza de Oràn, donde han sido tantos los Héroes de constancia, quantos Soldados ha tenido su Guarnicion? Incendiarse el ayre con las bombas, resonar la concavidad de los montes con el horroroso traquido de los cañones, obscurecerse el dia con el humo, iluminarse la noche con los fuegos artificiales, condensarse la atmósfera con la espesa materia que arrojan los morteros, arder las estacadas con la voracidad de las granadas, desmoronarse los muros con el incesante batir de la artilleria, y mantenerse firmes á vista de un poderoso y bárbaro enemigo, ya lo hemos visto repetido muchas veces en el constante valor de nuestros Militares. Pero entre todos estos horrores de la guerra, quebrantarse las murallas, caer en tierra los almacenes, desquiciarse los cimientos, venirse à plomo los edificios, arrasarse toda la Ciudad al violento sacudimiento de la tierra, y no solo mantenerse firmes y rebatir los asaltos, sino tener aliento y valor para hacer salidas, retirar al ene-

migo, desalojarlo de sus abanzadas, quemarle sus trincheras, é inutilizarle sus obras y preparativos de minas: este sí es un portento de constancia, que no encontrará facilmente igual en los vastos espacios de la Historia. Ah! Si los decantados Héroes de la Gentilidad se retiraban de una Plaza y abandonaban una expedicion por solo el vuelo de una Corneja ó la supersticiosa observacion de un insecto, ni la conjuracion de los quatro elementos que han visto vibrarse contra ellos, ni toda la impresion que causa el horror de un terremoto, ha sido capáz de hacer mella en los ánimos de unos Militares que han querido hacer ver á costa de su sangre y de sus propias vidas hasta donde llegan los elevados y subidos quilates del valor Español, y de la constancia cristiana.

Tal es, Pueblo fiel, la fortaleza con que tus Militares te han defendido. Pero si acaso mis expresiones frias no han sido bastantes à excitar en vosotros la gratitud y el reconocimiento que piden unas acciones tan heroicas, volved los ojos á ese Túmulo, que él os presentarà objetos bastantemente suficientes para mover vuestros afectos. Mirad qué bien parecen todos esos trofeos militares en las Exêquias de aquellos que los ga-

naron á consta de su sudor, de su sangre y de sus propias vidas. Atended qué bien dicen esas espadas, esas lanzas y esas picas en las Honras de aquellos que no las desnudaron ni esgrimieron sino para colmar de glorias à nuestra Patria, llenar de trofeos á nuestros Reyes, y coronar de triunfos á nuestra Religion inmaculada. Considerad qué buen espectáculo ofrecen esas banderas y estandartes en la Tumba de aquellos que, enarbolando y desplegando los nuestros sobre todas las Naciones de la tierra, supieron abatir y arrollar los de nuestros enemigos. Contemplad que buena armonìa hacen esas piezas de artillería en la Pira de aquellos que, no acobardàndose jamas con estos horribles instrumentos de la muerte, se entraron por medio de las balas para asaltar muros, demoler rocas, batir Castillos, deshacer Exèrcitos, rendir Plazas, sujetar Provincias, dominar Reynos y conquistar Imperios. Contemplad, digo, todo esto, que yo aseguro excitarà vuestro reconocimiento.

Pero al mismo tiempo parad vuestra atencion en esos tristes y áridos despojos de la mortalidad. Considerad en la opaca luz de esos blandones: atended à ese lúgubre clamor de las campanas: escuchad esos melàncolicos ecos de los

Ministros del Santuario, que todo os recordará, que aquellos que os libertaron de las cadenas de vuestros enemigos, estan padeciendo ahora la mas penosa y violenta cautividad: que aquellos que os abrieron paso para la posesion de vuestros mas pingües y opulentos heredamientos, estan ahora clamando por entrar en la dichosa herencia de los méritos de Jesucristo; y que aquellos que os engrandecieron y llenaron de glorias, se hallan ahora en la triste y fatal necesidad de desear vuestros socorros para entrar en posesion de la felicidad que tienen ya merecida. Cumplid pues con vuestra obligacion: interponed vuestros votos, vuestras súplicas, vuestros sufragios y vuestras oraciones con el Dios grande, Dios inmenso, Dios magnífico y Dios misericordioso, para que quebrante con su mano poderosa los fuertes candados que los oprimen, les abra las puertas eternas, les manifieste los amorosos senos de su misericordia, y ya que se dignò revestirlos de fortaleza para coronarlos de glorias perecederas, se complazca de adornarlos con los dotes celestiales, para que ciñan sus cabezas con la corona eterna è inmortal donde

requiescant in pace.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.

